

caso de un desastre habían de ser los que más enérgicamente le defendieran, como que defenderían á la vez su patria, su independencia y su libertad.

Tuvo Napoleon que detenerse en Wilna por más tiempo del que hubieran deseado. Las lluvias por un lado, y del otro lo mal que funcionaba la administración del ejército que dejaba á los soldados sin racionar días enteros, había desorganizado ó poco menos al gran ejército, contribuyendo y no poco á ello las grandes deserciones de soldados extranjeros, y las partidas de merodeadores que se organizaron á espaldas del ejército para hacer su negocio. Este alto tuvo por consecuencia que se malograra su plan estratégico, pues si en un principio había conseguido separar los dos ejércitos rusos, ahora estos habían podido por dichas circunstancias verificar su reunión sin tropiezo, á lo que contribuyó las mismas enseñanzas de Napoleon, pues, Alejandro paralizó un momento el avance proponiendo al emperador de los franceses cuando éste llegó á Wilna, una inteligencia con tal que no continuase avanzando. Sin embargo, la unión de los dos ejércitos no se verificó sin combatir. El segundo ejército ruso que mandaba el príncipe Bragation tuvo que batirse en Mohilew contra Davout que le iba á sus alcances sostenido, bien que algo retrasado, por el rey Jerónimo, —23 de Julio,—pero Bragation pasó el Dnieper y verificó su unión.

Napoleon había abandonado á Wilna el 16 de Julio. Antes de partir, había recibido á una diputación polaca que le había enviado Varsovia pidiéndole el establecimiento formal del reino de Polonia, y Napoleon no sólo se excusó, sino que hizo formales reservas sobre la parte de Polonia que Austria dominaba, —14 de Julio.—«Esta declaración,—dice Martín,—heló é hizo imposible el entusiasmo unánime que Napoleon exigía de los poloneses. Fuera de sus tropas, que tenía fascinadas, la desconfianza se desarrolló entre el mayor número y el descorazonamiento en muchos.»

Alejandro tampoco esperó en su campo atrincherao de Drissa á Napoleon. Habíase creído que dicho campamento podría convertirse en otras Torres-Vedras, pero cuando se vió que Napoleon le envolvía y flanqueaba, se apresuraron los rusos á abandonarle, consiguiendo el gobierno ruso que Alejandro se retirase del ejército, quedando el que él mandaba á las órdenes de su ministro de la Guerra Barclay de Tolly, que remontó en seguida el Dwina para unirse con Bagration, que debía venir por el alto Dnieper y por Smolensk. Napoleon marchó directamente sobre Witepsk, contando siem-

pre en que Davout interceptaría el paso de Bagration y que llegaría antes que éste á Smolensk. Pero Barclay resolvió esperar á Napoleon en Witepsk mismo, no para librar una batalla decisiva, sino para impedir que le separara de Bagration, y en efecto, durante los días 25, 26 y 27 Julio de 1812 se estuvieron batiendo los dos ejércitos, sin consecuencias, emprendiendo el 28 de Julio de nuevo su retirada los rusos, con gran descontento de los soldados, que á gritos pedían batirse. Napoleon se movió también á su alcance, pero los grandes calores que se sentían á la sazón, tenían atontadas sus tropas, que no acertaban á moverse con la ligereza que las circunstancias exigían. La unión, pues, de Barclay y de Bagration se verificó casi á su misma vista.

Había, pues, fracasado el plan estratégico de Napoleon, y á pesar de estar en el corazón del verano, vió su genio militar por un momento todo lo que podía esperar de continuar avanzando. Esto es innegable, y lo prueba su carta á Cambaceres desde Witepsk, en la que le decía: «*La campaña de 1812 ha terminado; la de 1813 hará lo demás.* No cometeremos,—decía,—la locura de Carlos XII de Suecia. Es necesario vivir aquí este año, para renovar la guerra en la primavera próxima; para 1813, Moscou; para 1814, Petersburg.» Esto prueba que Napoleon había penetrado el plan de sus enemigos, que había comprendido que le arrastraban al centro de Rusia para perderle, y que este plan podía llegar á realizarse.

Pero, á los pocos días, todo cambió de aspecto. A los trabajos de fortificación principiados para asegurar el ejército, sucedían las órdenes más enérgicas de marchar adelante. ¿Por qué? Porque Napoleon había caído en la cuenta de que una campaña sin gloria era para él igual á una derrota, y que una derrota era para él su muerte. Esto vió también claro, y no puede negarse que no se equivocaba. Los sucesos que pronto relataremos demostrarán la triste inestabilidad de la obra napoleónica y cuán á merced estaba de los que supieran osar con medios.

Cuando su estado mayor, que, como él, había penetrado el plan de los rusos, recibió dicha contraorden, se dispuso á obedecer, con la muerte en los labios. El mismo desasosiego de Napoleon, que no podía dormir sino tomando opium, les hacía todavía más grande el peligro que iban á correr. Así todos reunidos, Caulaincourt, Berthier, Duroc, Daru, Narbonne y Mouton le instaban, le suplicaban que no se continuara avanzando. «La paz,—le decía Duroc,—no se encontrará en Smolensk, ni en Moscou, como no se ha encontrado en Witepsk; lo úni-

co que lograremos será alejarnos más de Francia. La paz huirá de delante de nosotros, como huye la batalla. Cuando el enemigo nos vea postrados por nuestras marchas, cuando una gran parte de nuestra caballería esté desmontada, intentará una gran batalla; si es vencido, se refermará más lejos, porque no podremos perseguirlo; se reclutará sobre la marcha, mientras que nosotros...» A esto respondía Napoleon: «Es necesario reparar el tiempo perdido. ¡Es necesaria una gran victoria delante de Moscou, una toma de Moscou que sorprenda al mundo! ¡Duroc, es necesario marchar ó morir! ¡Un emperador ha de morir en pié! ¡La suerte está echada!» Bajo tan tristes presentimientos, continuó avanzando Napoleon.

Napoleon, al marchar contra Smolensk, ya no tenía á sus órdenes mas que doscientos cincuenta mil hombres. Ciento cincuenta mil hombres se habían tragado las fatigas de las marchas, la deserción y el merodeo. Sus ciento cincuenta mil caballos habían quedado reducidos á la mitad, y aún ahora debía asegurar sus comunicaciones con el mar, á lo largo del Dwina. Napoleon, pues, no avanzaba ahora sino con ciento setenta y cinco mil hombres, lo mejor de sus tropas ciertamente; por esto era más de temer un contratiempo, pues ¿qué podía esperar de los cien mil quintos de 1811 y 1812, que dejaba tendidos en los hospitales, si tenía necesidad de arrancarlos de ellos para que marchasen de nuevo?

La indecisión de estos días había acalorado todavía más á los soldados rusos, y como Bagration ardía en deseos de combatir, intentaron los dos generales rusos sorprender á los franceses el día 8 de Agosto, pero fueron rechazados, y aunque se pedía por Bagration una batalla formal, Barclay de Tally, fiel al plan de campaña que él había contribuido, no poco á hacer aceptar, dió orden de continuar retrocediendo. Los franceses pudieron pasar, pues, sin obstáculo el Dnieper á 15 ó 20 leguas más abajo de Smolensk y marchar contra esta ciudad.

Napoleon atacó á Smolensk el día 17 de Agosto. Los rusos no podían resolverse á abandonar una ciudad tan importante, é intentaron su defensa. Napoleon, creyendo que había llegado el momento ansiado de conseguir la gran victoria, se lanza con tal impetuosidad sobre los barrios de Smolensk, que en un momento fueron arrebatados á los rusos: Pero la ciudad estaba rodeada por una alta y fuerte muralla que no podía batir su artillería de campaña; así, no siendo posible abrir brecha, hizo que por encima de las murallas hiciera fuego á la ciudad. Sin embargo, se descubrió un punto favorable

para el asalto, que se dispuso para el día siguiente. Pero á media noche los franceses vieron con espanto á Smolensk arder por todos lados. Los rusos se habían convencido de la imposibilidad de defender la ciudad y al abandonarla la incendiaron para que no pudiera aprovecharse el enemigo. Smolensk preludiaba á Moscou. La batalla y toma de Smolensk, que de nada les servía, había costado seis ó siete mil hombres á los franceses. El doble se asegura que habían perdido los rusos, y aunque en Veloutina—19 de Agosto—fueron de nuevo alcanzados por los franceses, que les causaron también dolorosas pérdidas; el entero ejército ruso consiguió reparar el Dnieper y cubrir el camino de Moscou.

¿Iba ahora á detenerse Napoleon en Smolensk? Durante tres ó cuatro días estuvo indeciso sobre el partido que debía tomar, y los triunfos de Saint-Cyr en Polotsk contra Wittgenstein, que al fin le valieron el bastón de mariscal, ni las de los austriacos y sajones contra los rusos al hacer una diversión por la Wolhynia sobre Varsovia, ni los reporters de Murat y Davout, que iban al alcance de los rusos, avisando que el enemigo parecía dispuesto á librar una batalla decisiva, decidieron la marcha adelante. Napoleon estaba convencido de que si no llegaba á Moscou no llegaría á París, y continuó avanzando, después de haber reunido á su ejército parte de las reservas que mandaba Víctor, de haber acercado á sí lo más posible sus tropas de retaguardia y haber ordenado inmensos depósitos de provisiones en la Rusia blanca, que pagaba con billetes rusos falsos que él mismo había mandado fabricar en París, copiando á Pitt, cuando hizo falsificar los asignados franceses.

»Tomadas estas precauciones, Napoleon creyó haber asegurado plenamente los flancos y espaldas del gran ejército. El hierro, el fuego, las guarniciones y los destacamentos habían reducido á 145.000 hombres las fuerzas, á cuya cabeza se dirigía sobre Moscou. Los jefes estaban tristes; los soldados que tenían más imaginación que previsión estaban animados y alegres, á pesar de todo lo que habían sufrido hasta entonces, sólo á la idea de ir á tomar una nueva y desconocida capital.

»Sin embargo, los rusos, continuaban alejándose quemándolo todo. No se les encontró en Dorogobouge,—25 de Agosto,—ni en Wiasma,—28 de Agosto,—ni se les encontró tampoco en Ghjat,—31 de Agosto. Los caballos disminuían á las claras. La dificultad de vivir aumentaba. Los hombres que se separaban de las columnas para ir en busca de

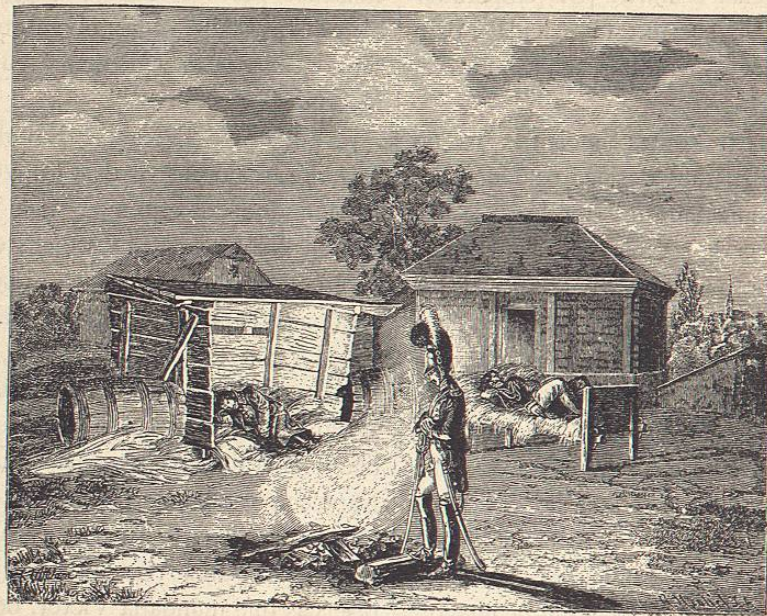


subsistencias, caían diariamente á centenares en poder de los cosacos. El jefe de estado mayor, general Berthier, hizo una última tentativa para detener á Napoleon, pero éste se dejó arrebatar por su carácter y le trató con la mayor dureza.» (Martin).

Si los rusos hubiesen podido saber con cuanta pena cumplían los generales franceses su deber, no hubieran obligado á dimitir á Barclay de Tolly. Alejandro se vió obligado á destituirle para satisfacer á los que pedían batallas, y Alejandro no podía

negar que los que en Moscou y Petersburg tal cosa reclamaban no estuvieran dispuestos á todos los sacrificios, pues la nobleza de Moscou estaba dispuesta á sepultarse con las ruínas de la santa ciudad. Barclay fué reemplazado por el viejo Kutusoff, el vencido de Austerlitz, que se apresuró á tomar posesiones en Borodino, cerca de la Moskowa que es el río que pasa por Moscou con sus 153.000 hombres.

La desconfianza ya que no el temor había aca-



Campana de Rusia. Vivac del principe Eugenio en Borodino.—Del natural por Adam

bado por apoderarse de los más bravos generales de Napoleon. La marcha sobre Moscou la hacían casi imposible las lluvias del otoño. Murat y Ney, que siempre estuvieron en la vanguardia, acabaron por decirle á Napoleon que no era posible continuar avanzando como no se quisiera llevar el ejército al matadero. Napoleon, que cada día se presentaba más taciturno, y á quien rara vez se veía á caballo, viajando casi siempre en coche, viéndolo á los más bravos desfallecer, les dijo, que si al día siguiente no abonanzaba el tiempo, se dejaría de avanzar. El día siguiente era el 4 de Setiembre, y el sol de este día se ha mostrado siempre enemigo de los napoleones. El ejército continuó su marcha. El día siguiente se encontraba delante de Borodino.

De una y otra parte las fuerzas eran casi iguales. Napoleon mandaba 127.000 hombres y tenía 580 cañones. Kutusoff tenía 120.000 infantes y 8 ó 10.000 cosacos. Los milicianos de Moscou que

eran algunos miles, no estaban en disposición de combatir.

La noche que precedió la batalla, pudieron los franceses desde sus posiciones, ver á los sacerdotes rusos recorrer en procesión á la luz de las antorchas lo que debía ser el más sangriento campo de batalla, paseando una antigua imagen de la Virgen, que decían haber salvado del incendio de Smolensk unos ángeles. Un ejército á quien se exaltaba de esta suerte, era un ejército que cuando menos había de hacer pagar muy cara á sus enemigos la victoria.

Amaneció el 7 de Setiembre de 1812. El sol se mostró rojo de color como si se hubiese bañado en la sangre que había de ver derramar en aquel día. A las cinco y media de la mañana un cañonazo dió la orden de atacar y 120 cañones abrieron el fuego contra los reductos rusos que Napoleon había resuelto tomar de frente, contra el parecer de Davout

que pedía que se flanquearan, temeroso de que los rusos al sentirse cortados no se retiraran sin combatir. A las diez de la mañana, Napoleon había obtenido ya grandes ventajas. El príncipe Eugenio, por medio de un falso ataque, retuvo la mayor parte de las fuerzas rusas sobre su derecha, sobre Borodino, lo que fervoriza el grande ataque de Davout sobre la izquierda rusa, mandada por Bagration. Puesto fuera de combate Davout por una grande contusión, Murat y Ney se encargaron de dirigirla por aquel lado y creyendo poder destruir el entero ejército ruso encerrándole entre los ríos Kolocza y Moskowa, pidieronle á Napoleon cuanta

gente tuviera en reserva inclusa la guardia imperial, pero como Napoleon estaba en Schwardinn, desde donde no podía ver ni saber bien lo que pasaba delante Murat y Ney, se limitó á enviarles de refuerzo una sola división, en el momento mismo en que Kutusoff enviaba á Bagration refuerzos considerables para que recobrase las posiciones que había perdido. Murat y Ney no pudieron resistir el choque de los rusos, y no habiéndoles sostenido á tiempo Eugenio, tuvieron que ceder el gran reducto conquistado por Davout y que tanta sangre había de costar para recobrarlo. Desde este momento el combate no fué más que una carnicería. De uno y



Campana de Rusia. Vivac frente Borodino.—Del natural por Adam

otro lado se combatía á pié firme y los más bravos caían acuchillados. Si los rusos perdían á Bagration, los franceses perdían á Montbrun, y sin el valor heroico de Murat y Ney, que sostenían el choque, los franceses hubieran sido arrollados. Pero al saber que Poniatowski desembocaba por la izquierda sobre los rusos, animan á sus soldados, envían de nuevo á Napoleon por soldados, quien se decide al fin á enviarles su guardia imperial, conduciéndola el mismo, pero ya en marcha una tremenda carga de la caballería rusa sobre la izquierda y bagajes de su ejército arróllanlo todo haciendo necesario que una división de infantería fuera á contenerla, ínterin Kutusoff reforzaba á los valientes que detenían á Murat y á Ney que hubieron de renunciar, faltos también esta vez de los pedidos refuerzos á su movimiento envolvente.

La victoria estaba en el gran reducto. Doscientos cañones rompieron el fuego sobre aquella posición y á su amparo Murat lanza su caballería pesada al

asalto, Ney la dirige y se apodera del gran reducto, acuchillando cuanto se le opone. La batalla se ha ganado, pero los rusos, lejos de volver las espaldas, se adosan á un bosque y hacen frente. Para cargarles era necesario que Napoleon lanzase contra ellos los diez y ocho mil hombres de su guardia, pero estaba aterrado por la carnicería de aquel día, así, como muy bien han dicho los historiadores franceses, Napoleon se limitó á demoler las líneas rusas con sus cuatrocientos cañones. Al otro día los rusos habían desaparecido. Sesenta mil de los suyos yacían sobre el campo de batalla revueltos con treinta mil franceses. Por la primera vez de su vida Napoleon ocultó el número de bajas del enemigo. Estaba aterrado. Se sentía vencido en medio de esa gran victoria que iba buscando para asombrar el mundo.

El ejército francés no se detuvo en tan terrible campo de batalla. El día 13 de Setiembre de 1812 los franceses se presentaban delante de Moscou.